

Ramón P. Muñoz Soler

PSICOLOGÍA DEL HOMBRE DESARMÓNICO

Conferencia dictada en A.D.C.E.A 9 de Mayo, 1959



IMPORTANCIA DEL PROBLEMA

El estudio del hombre desarmonico preocupa hoy seriamente a médicos, psicólogos, sociólogos, educadores, filósofos, legisladores, penalistas y aún a los hombres de empresa, para quienes el problema de las “relaciones humanas” constituye un factor fundamental para el éxito o fracaso de los negocios.

La desarmonía humana ha cobrado en estos últimos tiempos tal extensión e intensidad que ya no es una cuestión que interese solamente a los especialistas sino que constituye un problema de interés común y de alcance social puesto que afecta el orden de la convivencia y amenaza la seguridad colectiva.

En el año 1950 se realizó en Europa una *Conferencia Internacional* con la finalidad de establecer las características más sobresalientes de esta época que estamos viviendo. En dicha conferencia el filósofo Jean Gebser expresó lo siguiente:

“El gran peligro que nos amenaza al día de hoy no procede de lo externo, ni del Este, ni siquiera del Oeste, sino del hombre mismo, de su propia inseguridad”.

En el campo médico-psicológico el estudio de las desarmonías de la conducta ha cobrado una importancia muy grande en los últimos 30 o 40 años. Recordemos solamente que mientras en la primera Guerra Mundial los problemas que más preocupaban a la sanidad militar eran la infección y la gangrena mientras que en la segunda Guerra Mundial la atención se enfocaba en los desequilibrios psíquicos.

LA DESARMONÍA BÁSICA REVELADA POR UNA SITUACIÓN CRÍTICA

No nos vamos a ocupar en este momento de las desarmonías patológicas sino de la condición psicológica o *base de desarmonía* que, en un momento dado, puede manifestarse a través de la patología.

Habitualmente, recién cuando dicha desarmonía alcanza un umbral crítico o patológico, el individuo decide ocuparse en serio de sí mismo.

Es muy difícil en este terreno hacer algo de lo que podríamos llamar “medicina preventiva”; para esta clase de problemas íntimos del alma ya no basta la prédica, hace falta el shock. Solamente ante la crisis el hombre despierta a su propia condición de desarmónico y es posible ayudarlo en alguna forma.

Ciertos trastornos llamados neuróticos tienen para algunos individuos el valor de una “enfermedad liberadora” siempre que esa caída no haya pasado de un “umbral crítico de caída”.

ENFOQUE PSICOLÓGICO-ESPÍRITUAL DEL HOMBRE DESARMÓNICO

Para poder comprender lo que es el hombre desarmónico hay que darse cuenta de algo fundamental y es la profunda diferencia que existe entre los seres humanos a pesar de sus características de semejanza externa.

Dentro de las múltiples clasificaciones tipológicas que existen, no se ha prestado suficiente atención a las diferencias fundamentales que existen entre los hombres según tengan o no un *centro de integración*.

Creo que en todos los hombres existe este centro de integración, pero en unos está en estado potencial y en otros activo; en unos es un foco conciente y, en otros, inconciente.

Alrededor de este centro se estructura la *personalidad*, en contacto con el mundo exterior, integrada por aspectos parciales (ideas, emociones, instintos, etc.) que pueden o no estar en relación conciente con el centro de integración.

Este centro de integración representa el arquetipo fundamental, donde se refleja la ley intrínseca del ser que rige el destino individual mientras que la personalidad responde a una ley arbitral de posibilidades.

La personalidad tiene una ley de desarrollo centrífugo y de multiplicidad de experiencias, mientras que el centro de integración mantiene una potencialidad centrípeta de unidad y simplicidad.

Cada individuo se forja, de acuerdo a su personalidad, un modelo o tipo de vida, en relación a su instintividad, a su razón y al medio ambiente; pero ese *modelo personal* puede no corresponder al *modelo arquetípico*.

Si la personalidad y sus aspectos parciales trabajan independientemente del núcleo de integración (mayoría), tenemos el hombre mecánico: vive, piensa, trabaja,

siente y actúa pero no sabe para qué vive, ni para qué trabaja, ni cuál es el sentido de su vida; no tiene conciencia plena de sí mismo, ni unidad, ni voluntad propia ni ética verdadera.

El hombre integrado, en cambio, tiene unidad; ha armonizado su modelo personal de vida con su modelo arquetípico; puede decir: “*Yo soy lo que soy*”; tiene voluntad propia, sabe para qué vive y qué es lo que quiere y rige su conducta por una ética individual, este es el verdadero hombre armónico que rige su conducta desde adentro, contrariamente al anterior, u hombre desarmónico, cuya vida está condicionada desde afuera y está sujeta a los cambios externos.

Para la mayoría de los hombres el arquetipo fundamental es un “ilustre desconocido” y su personalidad hace “ensayos de vida” generalmente en desacuerdo con la ley intrínseca.

Pero tal es la armonía del microcosmos humano que, aunque el centro de integración esté dormido, cuando la vida personal se aparta demasiado de la ley íntima que le es propia, ese centro despierta y obliga al ser a dirigir su mirada hacia adentro.

Veamos algunos ejemplos a través de los cuales se haga más clara la relación entre los dos modelos de vida que hemos descrito.

Es frecuente encontrar hombres responsables frente a sus deberes de vida, que cumplen perfectamente bien con su familia, con su trabajo y con la sociedad, y que un buen día se presentan con una melancolía: están tristes, angustiados, no encuentran sentido a sus vidas... ¿Por qué están tristes estos hombres éticos, de conducta irreprochable? Porque han atendido a todos sus deberes con la sociedad, con la familia y con el prójimo, pero se han olvidado del deber para consigo mismos que es un imperativo del arquetipo fundamental. Esos hombres han triunfado en una ética social, pero han fracasado en relación a una ética individual. Se han ocupado de todos pero se han olvidado de sí mismos; y nadie puede olvidarse de sí

mismo impunemente; nadie puede desconocer la ley intrínseca individual. Cuando no se responde al deber consigo mismo se crea una desarmonía.

Otro tipo humano que con frecuencia vemos llegar a la crisis de la desarmonía es aquel que realiza su vida de acuerdo al “principio del placer”; bajo la presión de su propia instintividad o por estímulo de un ambiente liberal da rienda suelta a sus deseos y no busca sino el goce de vivir. Pero un buen día aparece el desequilibrio, la patología, que expresa el desajuste entre lo instintivo y lo espiritual; entre el modelo de vida estético elegido por la personalidad y el modelo ético que reclama el arquetipo desde el fondo oscuro del inconciente. Es decir, la totalidad individual del hombre reclama algo más que el goce como conquista vital final y el estético, para armonizarse, tiene que hacerse ético a través de un nuevo sentir.

Análoga desarmonía se produce en el orden de la polaridad sexual cuando de acuerdo a una moral de costumbre el hombre o la mujer desarrollan solo un aspecto de la totalidad masculino-femenino exigida por el arquetipo.

En una forma u otra, a veces asociada a una patología y otras veces bajo la forma de una angustia existencial, el hombre de nuestro tiempo es conciente de su falta de armonía y de unidad. Sus anhelos más íntimos se resumen habitualmente en una frase: *“quiero ser yo mismo”; “quiero conocerme a mí mismo”; “quiero saber que es lo que quiero”*.

Yo creo que hoy en día los grandes ideales de la humanidad -más que ideales sociales, políticos o económicos- se resumen en un clamor de las almas por lograr su propia unidad, su propia integración; y este anhelo íntimo unos lo manifiestan y otros lo guardan en lo profundo de su ser.

Pero ¿qué puede ofrecer la cultura actual a las inquietudes de integración del hombre? Solo una pseudointegración, por el embellecimiento racional, estético o religioso de los aspectos parciales que constituyen la individualidad.

Para comprender mejor estas cosas tenemos que darnos cuenta de que estamos viviendo una Nueva Era.

Hasta hace unos años hablar de “nueva era” era privilegio de videntes, profetas y astrólogos, pero hoy en día los filósofos, matemáticos, físicos, artistas, etc., hablan con toda certidumbre que desde comienzos de este siglo hemos entrado definitivamente en una Nueva Era que se anuncia con nuevas concepciones en todos los campos de la cultura y se concreta en una *nueva visión del mundo*.

Los astrólogos hablan de la Era de Acuario; Gebser, en las *Conferencias Internacionales* a que hicimos referencia al comienzo de este trabajo, habla de *Era de la Aperspectiva* por considerar que la tónica fundamental de la nueva época es la introducción del tiempo dentro de la problemática vital.

Nosotros designaremos a la Nueva Era con una de sus características más trágicas y hablaremos de *Era de Desintegración*.

La desintegración, iniciada en la materia, en el átomo, se expande hoy a muchos otros campos; hay una desintegración de la sociedad humana y -lo que es mucho más grave- una desintegración del hombre mismo.

Pensemos que las enfermedades que más preocupan hoy a la ciencia médica son, precisamente, las enfermedades desintegrativas: el cáncer en el orden corporal y la esquizofrenia en el campo de la personalidad.

Estamos viviendo realmente una “era de desintegración”, pero no seríamos justos si la calificáramos así en forma absoluta porque juntamente con este proceso desintegrativo existe otro proceso de integración que equilibra al primero.

Si bien hay en la sociedad humana actual una gran oleada de hombres desintegrados, existen también hombres y mujeres que trabajan seriamente en sí mismos para despertar la conciencia de ese centro de integración de que venimos hablando; hombres que no van ni tras el poder ni la riqueza del mundo sino en pos de la conciencia de sí mismos y de la unidad de sí mismos porque se han dado cuenta de que no es posible lograr ningún tipo de unidad ni de armonía social con hombres desintegrados y desarmónicos.

Si bien esta “era de desintegración” que estamos viviendo nos presenta un panorama sombrío, la existencia de estos nuevos hombres que trabajan seriamente para lograr la integración de sí mismos es una esperanza positiva para la humanidad.

Así como los ojos de los enfermos están hoy dirigidos hacia los productos químicos sintéticos que puedan curar sus males, la humanidad angustiada y desgarrada del presente tiene sus esperanzas puestas en esos nuevos productos humanos de síntesis que son los que podrán guiar a los demás hacia la conquista de su propia integración.

Repitiendo las palabras de Gebser diremos que el gran peligro que nos amenaza “no procede de lo externo, ni del Este, ni siquiera el Oeste”, sino que procede de la intimidad del hombre mismo, de los hombres desintegrados que pueblan la humanidad y que no pueden dar sino el fruto de una sociedad también desintegrada.

Más que nuevas ideas, nuevos sistemas o nuevos dogmas, lo que hace falta hoy son nuevos hombres integrados que puedan señalar a los demás el camino de una vocación muy superior a todas las que pueden figurar en una guía de orientación profesional y es la vocación de *Ser-Hombre*.